

La casa deshabitada

UNA AVENTURA DE DES



DIANA MARCO



Diana Marco tiene varios libros publicados. El género que más ha cultivado por el momento ha sido la novela de misterio, fundamentalmente, novela juvenil. Sus obras mantienen al lector en vilo, en suspense por descubrir las causas de las situaciones repletas de intriga, y el desenlace final de la historia. Su estilo se caracteriza por ser ameno y eminentemente positivo, lleno de vitalidad. La autora consigue eso que tan bien saben hacer los buenos maestros: que además de disfrutar de tus momentos para la lectura, con sus obras aprendas sin apenas darte cuenta.

Más información en:

www.dianamarco.com

Consigue gratis este LIBRO REGALO de la Colección Aventuras de Des:

[Cuatro días increíbles](#)

La casa deshabitada

En un pueblo de Alicante. Unas vacaciones
llenas de misterio y nuevos amigos.

© DIANA MARCO

Presentación

Algunos de los lugares que aparecen en esta novela son reales, existen, y están citados con sus propios nombres; otros no.

La novela es policíaca y romántica, con matices y aspectos costumbristas, dedicada principalmente a gente joven.

La acción transcurre en un pintoresco, pequeño pueblo de montaña, ubicado en la Comunidad Valenciana, en la provincia española de Alicante.

Des, nuestra protagonista, va allí con su amiga Piluca a pasar unos días de finales de agosto. Las fiestas patronales han terminado ya; los veraneantes, casi todos antiguos vecinos, se han marchado, y el pueblo muestra de nuevo su austera e imperturbable tranquilidad de siempre.

¿Qué podían hacer para no aburrirse demasiado en un pueblo tan tranquilo? ¿Qué podían hacer para no aburrirse demasiado en la gran casa de los abuelos en ese pueblo de tan solo ciento treinta vecinos?

Pronto vamos a averiguarlo.

1

Todo empezó un miércoles. Sí, creo que era miércoles, un caluroso, soleado y hermoso día de finales de agosto, cuando, en un pequeño pueblo de montaña del interior de la provincia de Alicante, rico en cerezos, vides y almendros, se iniciaron mis aventuras. Y, ¡qué aventuras!

Yo me dirigía hacia allí con ilusión, con ganas, sin problemas, dispuesta a pasar unos días tranquilos y apacibles en contacto directo con la naturaleza, que es mi debilidad. Corretear por campos y montes; descubrir y analizar rocas y piedras; contemplar árboles, arbustos y matorrales de distintos tipos; descubrir pajarillos e insectos. Pasear por los campos de cultivo para desentrañar el origen de esas patatas que tan descuidadamente comemos cada día como si fuera lo más normal del mundo.

Todo me entusiasmaba. Esas cosas para mí resultaban apasionantes, por eso las esperaba con tanta ilusión.

Sin embargo todo resultó distinto, diferente de cómo lo esperaba, de cómo me lo había imaginado. Y todo por culpa de esa casa, una casa grande, completamente deshabitada.

Creo que lo mejor será que os lo cuente por orden, desde el principio.

¡Finales de agosto! ¡Qué fecha! Precisamente la última semana de vacaciones. ¡Che, qué mala suerte!, me digo hoy que todo ha pasado ya, podían haber empezado mis aventuras antes, cuando disponía de tanto tiempo libre, sin la preocupación ni los nervios de tener que comenzar de nuevo las clases. Pero, ¿qué le vamos a hacer? Las cosas suceden así, no siempre salen a pedir de boca.

Eran las once de la mañana cuando miré el reloj de pulsera que me gustaba tanto, grande, de esfera blanca y enormes números en colores, con correa roja acharolada. Yo llevaba un buen rato mirando al exterior a través de la

ventanilla de un coche, un Audi negro mate, el coche de Javier, el padre de Piluca, mi mejor amiga.

Desde la altura privilegiada, de vértigo, de esa carretera de montaña, por la que circulábamos, contemplaba el amplio paisaje del valle que se extendía a nuestros pies, atravesado por un río y rodeado de montañas con pueblos en sus laderas.

Desde allí, a vista de pájaro, esos pueblos me parecían muy pequeños, todos iguales, unas pocas casas no muy altas y de tejados rojos que rodeaban una torre campanario, sin duda la torre de la iglesia, cuya altura sobresalía por encima de todo, como si lo protegiera todo.

En unos pocos minutos llegaríamos a nuestro destino, ¡gracias a Dios! Porque yo no aguantaba más la inmovilidad. Amante de los espacios abiertos, de ir de un lado para otro, de moverme siempre a mis anchas, me estaba empezando a cansar de llevar tanto tiempo quieta, entumecida, aprisionada, hecha un cuatro, en esa lata de sardinas que era el coche.

—Ya llegamos —dijo Javier—. El próximo pueblo.

Mi amiga Piluca y yo íbamos a pasar unos días en casa de sus abuelos paternos, en ese bonito, tranquilo y apacible pueblo de montaña. Bueno, tranquilo hasta que llegué yo, que según dice mi padre, hago surgir los problemas a mi alrededor como las setas en otoño en un bosque húmedo.

Él dice que todo eso me pasa porque soy una auténtica entrometida indiscreta, que me meto siempre en lo que no me importa; una curiosa compulsiva que me intereso sin necesidad en asuntos ajenos. Así, necesariamente, tienen que surgir problemas.

Sin embargo yo creo que no tiene razón, que mi padre exagera, porque a mí lo que me gusta de verdad es ayudar. Si yo tengo más imaginación, más intuición, mejor olfato, en fin, más inteligencia que otros para descubrir soluciones

que ellos no ven, me parece normal sentirme obligada a actuar y ayudarlos.

—¡Qué bonito, todo tan verde, tan amplio, tan agreste!

Fue una exclamación espontánea, en voz alta, que surgió sin poder contenerme viendo aquel paisaje, aquel ancho horizonte, aquellos montes, pues ya os he dicho que la naturaleza es mi debilidad.

Mi amiga Piluca, sentada a mi lado, me miró con cara de satisfacción.

—¿Verdad que sí? Ya te lo dije, ya te dije que este pueblo te gustaría; te gustará mucho.

—¡Ya llegamos! —volvió a decir Javier—, es el próximo pueblo, son solo cinco kilómetros.

¡Jo!, pensé echándome las manos a la cabeza, ¡aún cinco kilómetros! Esto no se acaba; me duele el culo y no sé dónde poner los brazos.

Yo viajaba en compañía de toda la familia de mi amiga Piluca, sus padres, Javier y Pilar, y su hermano pequeño, Javi, de nueve años, un gracioso y consentido muchacho de pelo castaño rizado y ojos oscuros, de mirada viva. Nos dirigiáramos a un pueblo, situado en la ladera norte de la sierra que lleva su mismo nombre.

—Mis abuelos, Carmen y Anselmo, los padres de mi padre, siempre han vivido allí —me dijo Piluca.

Javier nos lanzó una mirada a través del espejo retrovisor y sonrió.

—Y allí siguen viviendo —dijo—. Es mi pueblo, el pueblo donde nací hace cuarenta y dos años, un pueblo muy agradable.

—Yo estoy muy contenta de poder conocerlo y de pasar allí unos días —dije, alegremente.

Javier sonrió de nuevo. Y Piluca me susurró al oído.

—A mi padre siempre le alegra un mogollón volver a su pueblo.

Javier era un hombre joven aún que, con ropa informal como vestía en esos momentos, aún lo aparentaba más. De pelo rubio oscuro y ojos claros, no podía negar que Piluca era su hija, se le parecía mucho. Javi sin embargo no se le parecía en nada, era el vivo retrato de su madre, una hermosa mujer morena, de ojos oscuros.

El día había amanecido espléndido, claro y soleado. Yo, a pesar del fastidio que me provocaba tan inmóvil encierro, estaba muy contenta no solo por la novedad de ese viaje, sino sobre todo por poder acabar las vacaciones de verano así, con Piluca, mi amiga más amiga, y en plena naturaleza.

Unos minutos más tarde llegábamos por fin al pueblo. Al entrar, como yo me fijo en todo, me llamó la atención la poca gente que se veía en la calle por la que circulábamos, una calle muy solitaria, aunque era ancha y parecía importante. Leí una placa que indicaba su nombre: *calle Mayor*.

—¡Estamos en casa! —exclamó Javier, eufórico.

Se sentía feliz, exultante, reconociendo los entrañables lugares de su infancia y juventud.

—Cuando yo era joven, en este pueblo vivía mucha gente; por desgracia se ha ido despoblando poco a poco. Casi todos los jóvenes nos fuimos un día en busca de oficios más descansados y más lucrativos que el de agricultor. ¡Una pena!

—Anda, Javi, telefona a los abuelos —le dijo su madre—. Diles que ya estamos aquí.

Desde la calle Mayor, metiéndonos por un corto callejón, llegamos a una plazoleta, solitaria también, donde Javier aparcó el coche a la sombra de un gran árbol de tronco grueso y ancha copa; luego dio varios bocinazos mientras todos nos apeábamos por fin y Javi y yo, felices de vernos libres, comenzábamos a saltar, moviendo brazos y piernas.

Al momento salieron de una casa de pueblo, con una gran puerta de entrada, un hombre y una mujer no demasiado mayores, los padres de Javier y abuelos de mi amiga

Piluca. Carmen parloteaba y agitaba los brazos con muestras de gran alegría mientras Anselmo sonreía. Yo dejé de saltar para acercarme a saludarlos. Nos abrazaron y nos preguntaron lo que suele preguntarse en esos casos, qué tal el viaje y cosas así.

Delante de ellos había salido un perro grande y musculoso, que se fue hacia Javi, le puso las recias y sólidas patas delanteras sobre el pecho y empezó a lamerle alegremente. Yo, como me gustan mucho los animales, le miré. El perro se dio cuenta inmediatamente y me lanzó un fuerte ladrido.

—No le has gustado, Des —me dijo Piluca que se acercó al animal para acariciarlo.

Anselmo, el abuelo de mi amiga, se aproximó también al perro y le dio unas palmadas en el lomo. Me fijé en sus manos, las tenía grandes y curtidas por el aire y el sol, manos de agricultor.

—Es muy buen guardián —me dijo—, siempre atento, con las orejas erguidas. Y no le gustan los extraños. Pero ya te conocerá.

Piluca completó la aclaración de su abuelo.

—Duque es un pastor alemán aún joven, muy bueno y cariñoso.

—¿Se llama Duque? —pregunté.

Era un perro precioso, negro y marrón, con tonalidades rojizas alrededor de la cara.

—Sí. Le va muy bien el nombre, ¿verdad?

—Desde luego, porque es un perro majestuoso. Es un nombre muy aristocrático.

—Como la casa de mis abuelos.

Piluca me señaló la casa, muy grande, con dos alturas además de la planta baja, que ocupaba todo un lado de la pequeña plaza.

—¡Caramba, qué casa tienen tus abuelos! Es enorme.

—Pues hace años aún era más grande, el doble. Pero vendieron la mitad. Ya te lo contaré.

En ese momento salió, por el gran portalón, normal en las casas de pueblo, un hombre treintañero, moreno, recio y no muy alto, de aspecto descuidado y gesto hosco, que sin decir palabra alguna, agarró nuestros equipajes y los metió en la casa.

—¿Quién es? —le pregunté a mi amiga.

—Se llama Andrés; no es muy simpático.

—Y que lo digas; ni los buenos días.

—Es escaso de palabras.

—Parece que esté amargado.

—Podría ser; a lo mejor lo está. El pobre no tiene familia. No tiene a nadie. Solo a mi abuelo.

Tardamos poco en instalarnos y, deseosas de andar, Piluca y yo salimos a dar una vuelta por la plaza, mientras se hacía la hora de comer.

Aún no os había dicho que Des soy yo.

Os preguntaréis de dónde viene tal nombre. Viene de Valencia, esa hermosa ciudad del Mediterráneo español. La patrona de mi ciudad es la Virgen de los Desamparados. Y así me llamo yo, como muchísimas otras mujeres valencianas, María de los Desamparados, Des para los amigos.

Salimos pues las dos a la plaza, una plaza cuadrada, pequeña, una plazoleta, a la que se accedía por dos calles.

Una era el corto callejón por el que habíamos entrado, que por el norte comunicaba la plaza con la calle principal del pueblo, la calle Mayor, continuación de la carretera de entrada.

La otra era una calle lateral, con la que hacía esquina la gran casa de Carmen y Anselmo que, junto con el inicio de esa calle, ocupaba un lado completo de la plaza.

Lo primero que hicimos fue mirar la fachada. En la planta baja, además de la gran puerta de entrada, maciza, de sólida madera de roble, marrón, con aldabas doradas, había dos ventanas alargadas verticalmente, con artísticas rejas negras, a juego con los balcones del primer piso. El segundo piso no tenía balcones ni rejas.

Las ventanas estaban una a cada lado de la puerta de entrada a la casa. Y, más allá de la ventana izquierda había una gran puerta metálica que debía ser la del garaje. Luego la fachada continuaba, lisa, sin más ventanas, hasta tropezar con una hilera de casas más pequeñas y de menor altura con las que formaba un ángulo recto.

—Mira qué grande es la casa de mis abuelos —me dijo Piluca, con cierta complacencia.

Yo estaba admirada. No conocía demasiado las casas de pueblo, sin embargo nunca había visto una casa tan grande como aquella.

—Sí que es grande. Ocupa mucho trozo de la plaza, todo un lado, y tiene más de un piso. ¡No parece una casa de este pueblo!

Piluca me miró, algo perpleja.

—¿Por qué no parece una casa de este pueblo?

—Porque en este pueblo se ve el valle, el río y las sierras; sin embargo desde esta casa no se ve nada, solo un árbol y las casas de enfrente.

—Bueno, sí; es verdad. Nunca lo había pensado, la casa no tiene muy buena vista.

—No.

—Desde la terraza es mejor, pero hay que subir los dos pisos.

—Pues subiremos.

Nos alejamos un poco de la casa y nos detuvimos frente al callejón.

—En esta plaza solo viven otros vecinos. Ahí.

Piluca señaló la casa que hacía esquina con el callejón por el que habíamos entrado. Formaba parte de ese conjunto de casas situadas formando ángulo recto con la de sus abuelos.

—Las demás casas están todas vacías.

—¿Todas vacías? ¿Y no vive nunca nadie? —le pregunté, con la boca muy abierta por el asombro.

—No, en invierno, no. Algunos propietarios, hijos de antiguos vecinos, solo vienen en verano. Entonces esta plaza está muy animada, pero ahora no. Ya se han ido todos.

—¡Qué lástima! Tanta gente que no tiene casa y aquí hay de sobra.

Piluca me miró.

—Pues te voy a enseñar una casa que aún te va a dar más lástima, porque esa sí que es una casa grande y bonita. Y está siempre vacía.

En ese momento, Andrés salía de nuestra casa; con dos zancadas atravesó la plaza y, sin lanzarnos ni una sola mirada, se perdió por el callejón. Piluca me hizo un gesto.

—Es un tipo muy raro, ya lo conocerás.

Mientras hablaba, empezó a andar hacia la calle lateral. Yo la seguí. Se paró cuando habíamos recorrido unos pocos metros de esa calle y se puso a mirar la fachada de una casa, pegada a la de sus abuelos, de la misma altura, que no abría a la plaza sino a la calle lateral, en la que nos encontrábamos.

—¿Ves? Esta casa siempre está vacía; sus dueños no vienen nunca; no vienen ni en invierno ni en verano. ¡Nunca!

—¿Por qué? —le pregunté.

—Me parece que viven en Madrid y en verano se van a la playa, a Benidorm, que les gusta más que este pueblo. Deben tener alguna casa también allí.

—¡Qué lástima! Es verdad.

—Sí. Esta casa, que está pegada a la de mis abuelos, antes era suya, cuando mi padre y mis tíos eran pequeños. Las dos casas formaban una sola. Pero mis abuelos vendieron la mitad.

—Entonces, antes de vender la mitad, la casa de tus abuelos sería grandísima, casi como un palacio.

—¡Tanto como un palacio no creo! Aunque no lo sé, porque yo no he visto nunca la parte de casa que vendió

mi abuelo. Los dueños nunca están. Ni siquiera los conozco. Me gustaría mucho verla. ¡No es posible!

Y Piluca hizo un gesto de resignación.

Estábamos plantadas en la acera de enfrente de la casa, mirando esa fachada, con la puerta y las ventanas cerradas. Y algo me llamó la atención, pues soy muy observadora. Se lo hice notar a Piluca.

—¿Dices que no vive nadie en esa casa?

—No, nadie.

—Pues, hay una luz encendida. Mira, ahí.

Y señalé una ventana del segundo piso por la que se escapaba un pequeñísimo reflejo luminoso.

—¡Cielo santo, qué vista tienes, tía!, porque yo no me había dado cuenta. ¡Es que te fijas en todo!

—Pues, sí. Ya lo sabes. Cuando se haga de noche, si quieres, podemos venir a verlo, porque entonces se verá mejor. Si no la han apagado ya.

—Pues no sé qué será esa luz. Es muy raro, porque la casa está deshabitada, seguro.

—¿No tendrá ocupas?

Piluca se rió.

—No, qué va. En todo el verano que estoy aquí, nunca los he visto.

—Pues tendrá ladrones.

—¿Ladrones? Tía no me asustes. Eso no debe ser una luz; será un reflejo de algo.

No le dimos más importancia a la cosa y seguimos con nuestro pequeño paseo. En toda la plaza, con suelo de tierra apisonada, solo había cuatro árboles, uno de ellos el álamo grande, ubicado a la izquierda de la puerta de entrada a la casa de los abuelos de mi amiga Piluca.

Resultaba una plaza recoleta, pequeña, graciosa, entrañable pero poco frecuentada.

En ese momento entraba por el callejón un todoterreno de color verde oscuro que aparcó en la plaza, a la sombra del álamo, junto al coche de Javier.

Mi amiga se quedó mirándolo.

—Es el coche de Pascual. Vendrá del campo con sus padres y su hermano.

No tuve tiempo de preguntarle quién era Pascual, porque se apearon del coche una mujer y tres hombres que saludaron a Piluca.

—¿Qué hay, Pilar? —le dijo la mujer, mientras los hombres sacaban algunas cosas del coche—, ¿otra vez por aquí?

—Solo unos días. He venido con esta amiga a pasar una semana.

Piluca me señaló y yo los saludé.

—¡Hola!

Los hombres se giraron a mirarme; dos eran jóvenes, el otro, más mayor, debía ser el padre.

—¡Hola! —dijeron también ellos, sin mucho interés, mientras seguían con lo que estaban haciendo.

La mujer sonrió.

—Mi marido y mis hijos —me dijo a modo de presentación—. Venimos del campo. A comer y de nuevo al trabajo. Pilar, enséñale bien el pueblo a tu amiga, para que vuelva por aquí.

Cuando todos se metieron en su casa y cerraron la puerta, no necesité preguntarle nada a Piluca. Me lo contó ella misma sin que le preguntara.

—Ya los has visto, son los vecinos, los únicos de esta plaza. Los padres y los dos hijos. Son agricultores. Trabajan sus tierras. Pascual es el mayor, muy mayor ya, y aún sigue soltero. Germán es más joven. Estudia algo, no sé qué.

Reflexioné un momento, mirando hacia el suelo en silencio, como suelo hacer con frecuencia, y luego interrogué a Piluca con curiosidad.

—¿Viven siempre en el pueblo?

—Sí, viven aquí, en esta plaza. Bueno, Germán como estudia, solo pasa aquí las vacaciones, pero Pascual vive con sus padres porque aún no se ha casado.

—Pues ya entiendo que sea mayor y aún no se haya casado, porque en este pueblo con tan pocos vecinos, casi todos viejos, no deben vivir muchas chicas jóvenes.

—Alguna hay, pero eso no es ningún problema porque él tiene una peña de amigos; siempre están por los distintos pueblos de los alrededores. A veces se van a Alcoy y a Benidorm o a Alicante. Y allí sí que hay muchas chicas. Mi abuelo dice que no se casa porque no quiere, que es un poco libertino o algo así, que creo debe significar sinvergüenza.

—¡Pues vaya!

—Sí.

—¿Era el más alto?, ¿el de la camisa a cuadros que no llevaba gorra?

—Tía, sí que te has fijado bien.

—Bueno...

—Mi abuela no está de acuerdo con la opinión de mi abuelo. Dice que Pascual es muy trabajador, y si no se casa es porque aún no ha encontrado una chica que lo quiera de verdad.

—Y de las juergas, ¿qué dice tu abuela?

—Que es joven, trabaja mucho y tiene derecho a divertirse un poco. Tenía novia, pero lo dejaron ya hace meses, antes del verano.

—¡Qué mala suerte! ¿Era del pueblo?

—Sí.

—¿Quién dejó a quién, él a ella o ella a él?

—No lo sé, como yo estoy poco en el pueblo... De todo eso está muy enterada mi abuela. Se lo puedes preguntar a ella.

—¡Jo! ¿Para qué? Para que me tome por una cotilla chismosa. ¿Cómo has dicho que se llama?

—Se llama Pascual; tiene unos treinta años o más. Es muy mayor. Su hermano Germán es más joven y más guapo; estudia, pero si hay faena en el campo, viene a ayudar.

—¿Pascual no estudia nada?